

Vivir con Henry Miller

La piscina tiene que estar cada mañana a treinta y tres grados sobre cero, esté como esté el tiempo en Big Sur, donde pasa el tiempo muerto de su decadencia Henry Miller, «uno de los espíritus más libres que he conocido», como le gritó Keyserling cuando leyó su primera obra. Allí, en Big Sur, dentro de una bañera caliente, reposa sus ochenta años artríticos el autor de «Los trópicos». En Tenerife, Canarias, ha estado unos días quien fue su secretario por espacio de casi veinte años. Se llama Gerald Robitaille y puede contar de Miller todas las cosas que no podían saberse de este genio iracundo, que jamás entendió la necesidad de tener una consecuencia ideológica fundamental. «Sólo los imbéciles no se contradicen».

Gerald Robitaille acaba de publicar en París un ensayo indiscreto, donde relata toda su vida con Henry Miller. Robitaille, un lúcido investigador del arte, pone en zapatillas al mito a través de las casi doscientas páginas editadas por Eric Lodsfield, uno de los editores más importantes del París de este momento. El libro se llama «Le Père Miller».

Hay un millón de razones para llamar a Miller padre. No sólo está la incuestionable paternidad literaria que sobre tantos escritores ejerce. Está también la paternidad que su espíritu avasallador ha ejercido sobre todas las personas que sus ojos han tocado. Influenciado por esa vara está escrito el libro de Robitaille, según él mismo nos ha dicho: «Miller no sólo ha sido mi padre. También ha sido mi hijo y mi hermano. Yo he cuidado de sus hijos, he cuidado de él, le he cortado las uñas, le he abrochado los zapatos». No en vano Miller le dedicó así a Gerald un dibujo que figura al frente de este nuevo libro: «Para Gerald, mi mano derecha, de su Henry».

En «Le Père Miller», que se vende como pastillas en todos los quioscos de París, se relatan todas las contradicciones

de las que Miller ha hecho lema. Desde el Miller que prefiere que su hijo vaya a Vietnam a que rompa la cartilla militar, hasta todas las salidas de pequeño-burgués enternecedor, que está más acá de la propia liviandad de su obra de dos metros de longitud. Habla también de las relaciones con Annaïs Nin, la figura femenina de la sacrosanta trinidad, formada, además, por Miller y por Durrell. Como casi nadie ignora ya, Annaïs Nin fue la gran benefactora de Miller en los tiempos en que el gran escritor norteamericano

decir. Tiene en un cajón muchas obras inéditas que jamás va a editar, aunque él sabe que le enriquecerían aún más. Su salud es ahora, por otro lado, muy precaria. Ha sufrido algunas intervenciones y una nueva operación sería francamente fatal para él». Vivir veinte años con Miller es, según el autor de este libro, no parar. A pesar de que sus lemas van desde conceptos tan pacíficos como Dios y el amor, hasta los conceptos reposados de la paz y el silencio, Henry Miller ha necesitado siempre a su lado un

lación que ahora se resume en este «Le Père Miller» que se arrebató en París de las manos de los libreros. En España no tardaremos en conocer al pie de la letra la aventura de vivir con Henry Miller ochenta años a treinta grados sobre cero. ■ JUAN CRUZ RUIZ.

E. M. Cioran: Un pensador en el vacío

¿Cuáles son los derechos de la desesperanza? ¿Puede edificarse un discurso atareado en negarlo todo y en negarse, en desmentir sus prestigios, su fundamento y su alcance, su verosimilitud misma? ¿No es el escribir una tarea afirmativa siempre, de un modo u otro, apologética incluso en la mayoría de los casos? ¿Cómo se compagina la escritura con la demolición radical, que nada respeta ni propone en lugar de lo demolido, que no se reclama de tal o cual tendencia ni quisiera ver triunfante cosa alguna sobre las borrasdas ruinas de las anteriores? ¿Cómo se compagina el texto con las lágrimas, las palabras con los suspiros, el discurso racional con el punto de vista de la piedra o de la planta? ¿Es concebible un pensamiento que se ve a sí mismo como una empresa imposible o ridícula, inevitablemente falaz en el justo momento de reconocerse su verdad? Estas son algunas de las preguntas que se plantean al hilo de la lectura de la obra de E. M. Cioran. La respuesta no puede venir de un exterior que tal obra niega y repele: es preciso volver al interior del texto mismo, reincidir en la pregunta, convencerse de que dentro tampoco hay nada. Leer a Cioran, como leer a Beckett, es resumir una y otra vez la experiencia de la vaciedad.

E. M. Cioran es rumano, nacido en 1911. Desde 1937 vive en París, en condición de apátrida —«la mejor para un intelectual», según él—, exiliado como Pound, como Joyce, como Beckett... En 1947 comenzó a escribir en francés; antes de salir de su país había obte-

nido en él premios literarios por obras juveniles. Su adaptación al idioma francés tuvo que ser dramáticamente laboriosa, según cuenta él mismo: «Fue la prueba más dura de mi vida. Esta lengua precisa y rigurosa, a las exigencias de la cual debía plegarme, me pareció tan inhumana como una camisa de fuerza. Debo a tal dificultad el haber meditado sobre los problemas del estilo, sobre el hecho tan anormal de escribir». Pese a esta dificultad, desde su primera obra —«Précis de décomposition» (1949)— se convierte en uno de los mejores estilistas del ensayo en lengua francesa, como el español Santayana llegó a serlo de la inglesa. Su discurso, de un elegante clasicismo, aforístico, preciso, alcanza una belleza helada, que distancia un apasionamiento sobrecogedor. A partir de ese primer libro siguen otros varios de títulos inquietantemente sugestivos: «Silogismos de la amargura» (1952), «La tentación de existir» (1956), «Historia y utopía» (1960), «La caída en el tiempo» (1964), «El malvado demiurgo» (1969), «Valery frente a sus ídolos» (1970). Es casi imposible hablar de progreso, de evolución del primero al último de ellos: un mismo mensaje se repite machaconamente, modulado con todos los trémoles que van de la desesperación a la serenidad.

Lo que hay que decir es que siempre se dice demasiado: «Tout langage est un écart de langage» (Samuel Beckett). La multiplicidad de los discursos, informativos o edificantes, persuasivos, entusiasmados o curiosos, tiene algo de nauseabundo. El hombre es un animal ávido de creencias, de seguridades, de paliativos, y consigue todo eso merced al lenguaje, tras la dimisión de sus instintos. Pero sus creencias son deleznales; sus seguridades, ilusorias; sus paliativos, risibles: ¿por qué no decirlo así? Una vez que por azar o improbable ejercicio se ha conquistado la lucidez, la condición enemiga de las palabras, nada puede ya decirse, excepto lo que revele la oquedad del lenguaje de los otros, frente al que el discurso del



Henry Miller, su hijo Tony y Gerald Robitaille.

no había dejado de ser un pobre ex funcionario de Telégrafos. La correspondencia sentimental de esta ayuda de Annaïs Nin, según cuenta Robitaille, jamás se hizo esperar. Pero Miller, literariamente, ha sido siempre insobornable. Ahí está el famoso prólogo que firma Annaïs Nin al frente de una de las obras de Miller. El prólogo de Annaïs está hecho por el propio Miller. Asimismo, no sale de la máquina de escribir de la figura femenina de la trinidad una sola línea que Miller no haya revisado. Ha sido lógicamente Annaïs Nin la que con mayor indignación ha recibido este ensayo indiscreto de Gerald Robitaille.

«No. Miller dice que no va a escribir una línea más. Dice que ya lo ha escrito todo, ya ha dicho todo lo que tenía que

pensamiento lúcido que no cese de desplegar destellos que le enriquezcan. No ha parado un momento a lo largo de su vida. No ha parado de amar y de desear nuevas aventuras. Sigue pensando que su mejor obra es «El coloso de Maroussi», la obra donde precisamente más reposado se encuentra, el lugar de su vida literaria donde se halla la cima de sus obsesiones más claras por encontrar la cierta paz que debe respirarse en el aire de Grecia. El hombre violento que habla con Fraenkel ha necesitado siempre a su lado un espíritu que le eleve o le estrelle contra el suelo, como él mismo dijo de Gerald Robitaille cuando comenzó la relación que le unió al investigador del arte que un día se sorprendió cortándole las uñas al genio. Una re-